

LADY GREGORY

CUCHULAIN DE MUIRTHEMNE

PRÓLOGO DE W. B. YEATS

Traducción de
María Luisa Balseiro

FRAGMENTO



Paréntesis

Colección Orfeo

PARÉNTESIS EDITORIAL

Primeros Títulos:

- **COLECCIÓN DE FACTO**

Javier Villanueva. La verdadera historia

INMA PORTALO Y JAVIER VILLANUEVA

- **COLECCIÓN ORFEO**

Cuchulain de Muirthemne

LADY GREGORY

Todas las mujeres

JOSÉ MARÍA CONGET

La sangre y el eco

JULIO MANUEL DE LA ROSA

- **COLECCIÓN UMBRAL**

Vacaciones de invierno

JOSÉ MANUEL BENÍTEZ ARIZA

Plaza del Cabildo

EMILIO DURÁN

PRÓLOGO

1

Yo creo que este libro es el mejor que ha salido de Irlanda en mi tiempo. Acaso debería decir que es el mejor de cuantos libros han salido de Irlanda; porque las historias que cuenta constituyen una parte principal del legado de Irlanda a la imaginación del mundo, y las cuenta perfectamente por vez primera. Hasta ahora los traductores del irlandés han relatado una u otra de las historias tomada de una de sus versiones, y no pocas veces sin un sentido profundo de la lengua inglesa, de esos cambios de ritmo, por ejemplo, que son cambios de sentido. Han traducido los manuscritos mejores y más completos que conocían, con la mayor exactitud posible; y no es más lo que se puede pedir a los primeros traductores de una literatura antigua y difícil. Pero pocas de las historias empiezan verdaderamente a existir como grandes obras de la imaginación antes de que alguien extraiga los mejores fragmentos de muchos manuscritos. A veces, como ocurre con la versión de *Deirdre* que ha hecho Lady Gregory, es necesario que una docena de manuscritos den cada uno lo mejor de sí, como otras tantas perlas para el collar. Ha hecho falta, también, suprimir además de agregar, porque generaciones de copistas, que a menudo tenían en poca estima las historias que copiaban, han mezclado torpemente las versiones, con frecuencia repitiendo un mismo episodio varias veces, y cada siglo ha ornamentado con sus adornos, con frecuencia extravagantes, lo que empezó siendo una historia sencilla. Quizá no haya exageración en afirmar que ninguna historia ha llegado hasta nosotros en la forma que tenía cuando el narrador la relataba en las noches de

invierno. Lady Gregory ha hecho su trabajo de composición y selección con tanta firmeza, y al mismo tiempo con tanta reverencia, que no creo que nadie, si no es de tarde en tarde y con fines científicos, necesite otro texto que este, o la versión del mismo en irlandés moderno que va a publicar la *Gaelic League*. Cuando Lady Gregory le haya añadido sus traducciones de otros ciclos, habrá dado a Irlanda su *Mabinogion*, su *Morte d'Arthur*, su *Nibelungenlied*. Ha puesto ya un gran caudal de historias, en las que vive aún el corazón antiguo de Irlanda, en una forma que es, a un tiempo, armoniosa y característica; y esto sin escribir más que unas cuantas frases propias para enlazar episodios o pensamientos tomados de diferentes manuscritos, sin añadir, de hecho, más de lo que en muchas ocasiones tendría que añadir el narrador para corregir una vacilación momentánea. Quizá, más que nadie, haya acertado a dar con un dialecto apropiado para verterlas. Hace años escribí yo unos relatos de la vida irlandesa medieval, y al escribirlos me desolaba a veces pensar que no conocía ninguna clase de inglés que les cuadrara del mismo modo que el lenguaje de las narraciones en prosa de Morris —el más hermoso que yo he leído— cuadraba a sus expediciones a bosques y pozos más allá del mundo. No conocía yo otro lenguaje con que escribir sobre Irlanda que el seco inglés moderno; pero Lady Gregory ha descubierto una lengua tan hermosa como la de Morris, y que además es una lengua viva. Moviéndose entre los suyos aprendió a amar la hermosa habla de quienes piensan en irlandés, y a comprender que es tan dialecto del inglés como pueda serlo el dialecto en el que escribía Burns. Tiene algunos cientos de años, y la edad da autoridad a una lengua. Encontramos en ella el léxico de los traductores de la Biblia, con un modo de elocución que la hace tierna, compasiva y servicial, como es la propia lengua irlandesa. Ciertamente es apropiada para vestir una literatura que no dejó de ser popular ni siquiera cuando se recitó en las Cortes de los Reyes.

2

Lady Gregory habría podido hacer con menos esfuerzo un libro que hubiera agradado más al lector apresurado. Habría podido eliminar detalles, podar peculiaridades hasta no dejar más que la pura

historia; pero un libro así no evocaría el pasado ni movería la imaginación de un pintor o un poeta, y a la vuelta de pocos años sería tan poco recordado como una novelucha.

La abundancia de lo que a primera vista puede parecer invención innecesaria en una historia como la de la muerte de Conaire es esencial si lo que se pretende es rememorar una época en la que los hombres se enamoraban de las historias, y se entregaban a la imaginación como a una amante. Podemos pensar que hay demasiadas efusiones líricas, o en algún caso demasiados símbolos enigmáticos, pero al final siempre abocamos al deleite. Llegamos a aceptar sin reservas un arte que es a medias épico y a medias lírico, como el de las partes históricas de la Biblia; el arte de un tiempo en el que acaso los hombres pasaban más fácilmente que ahora de un estado de ánimo a otro, y se sujetaban con más trabajo que nosotros al talante con que se suman cifras o con que se bromea con un amigo.

3

La Iglesia, en su época de mayor poderío, enseñaba a doctos e indoctos a escalar, por así decirlo, hasta las grandes realidades morales pasando por jerarquías de Querubines y Serafines, por nubes de Santos y Ángeles que tenían cada cual sus particulares deberes y privilegios. Los narradores de Irlanda, quizá los de todos los países primitivos, crearon una confraternidad no menos refinada, con la diferencia de que en este caso eran estéticas las realidades de las que querían hacernos cofrades. Crearon, para doctos e indoctos por igual, una comunión de héroes, una nube de testigos recios; pero, porque se emocionaban tanto como el monje con sus oraciones, no se paraban lo bastante a pensar en la forma del poema y del relato. Hay que mirar el tema con un poquito de cansancio, o con un poquito de desconfianza, quizá, para perder el sueño pensando cómo sacarle el mejor partido. A ellos les acuciaba más pintar personajes enérgicos, inventar historias bonitas, que expresarse con perfecta lógica dramática o con palabras perfectamente ordenadas. Compartían unos con otros sus personajes y sus historias, sus imágenes incluso, y se las transmitían de genera-

ción en generación; pues a ninguno, ni aunque hubiera añadido una nota nueva, o un nuevo incidente, se le ocurría reclamar como suyo algo que, de manera tan obvia, vivía su vida propia, alegre o dolorida. Habría sido como si el imaginero o el mosaísta que por primera vez puso a Cristo en la Cruz hubiera reclamado como suya una idea que quizá el propio Cristo pusiera en su espíritu. También los poetas irlandeses tenían, quizá, algo parecido a una sanción sobrenatural, pues un poeta principal tenía que conocer no sólo innumerables clases de poesía, sino también el arte de mantenerse en trance durante nueve días. Seguramente creían, o creían a medias, en la realidad histórica de sus imaginaciones más desorbitadas. Y tan pronto como el cristianismo hizo despertar en sus oyentes el deseo de una cronología que corriera pareja con la de la Biblia, se complacieron en disponer sus Reyes y Reinas, las sombras de mitologías olvidadas, en largas líneas que ascendían hasta Adán y su Jardín. Quienes les escuchaban debieron sentir como si los vivos fueran a manera de conejos que abrieran sus madrigueras bajo murallas edificadas por Dioses y Gigantes, o de golondrinas que hicieran sus nidos en las bocas de piedra de efigies inmensas, esculpidas por no se sabe quién. No ha de sorprender que a veces se nos hable de hombres que vieron en una visión hojas de hiedra que eran mayores que escudos, y mirlos cuyos muslos eran como muslos de bueyes. El fruto de todas esas historias, a menos que las mejores actividades de la mente no sean más que un pasatiempo, son la ágil inteligencia, la abundante imaginación, las maneras cortesanías de la población rural de Irlanda.

4

William Morris vino a Dublín cuando yo era muchacho, y tuve algunas conversaciones con él sobre estas viejas historias. Había sido su intención dar algunas conferencias sobre el tema, pero «las señoras y los señores» —ponía en la expresión un fervor de odio comunista— no sabían nada de él. Hablaba de la narración irlandesa de la batalla de Clontarf, y de la narración escandinava, y decía ver los temperamentos escandinavo e irlandés en una y otra. Al escandinavo le interesaba

cómo se hacen las cosas, pero el irlandés se desviaba, evidentemente complacido de librarse de asunto tan tedioso, para describir hermosos sucesos sobrenaturales. Estaría pensando, me figuro, en el joven que venía de Aoibhell de la Peña Gris, renunciando al amor y la juventud inmortales, para luchar y morir al lado de Murrugh. Decía que el escandinavo tenía el temperamento dramático, y el irlandés el lírico. Yo creo que yo habría dicho, como el profesor Ker, épico y romántico mejor que dramático y lírico; pero sus palabras, que encierran tanta autoridad, marcan muy bien la distinción, y no sólo entre la irlandesa y la escandinava, sino entre la irlandesa y otras literaturas no célticas. El narrador irlandés no podía aplicarse con interés ininterrumpido a cómo hombres como él quemaban una casa, o conquistaban esposas no más maravillosas que ellos. Su espíritu escapaba constantemente de la circunstancia cotidiana, como se endereza de golpe la rama arqueada por una mano débil. Su imaginación corría a toda hora a Tír na nÓg, a la Tierra de Promisión, que está tan cerca de las gentes del campo de hoy como lo estaba de Cuchulain y sus compañeros. Su creencia en esa cercanía arrojaba a su vez al temperamento lírico, que siempre está sediento de una emoción, una belleza que no se puede encontrar perfecta sobre la tierra, o en todo caso sólo por un instante. Su imaginación, que no había podido creer en la grandeza de Cuchulain hasta que trajo a la Gran Reina, a la diosa de rojas cejas, a cortejarle en el campo de batalla, no podía satisfacerse con una amistad menos romántica y lírica que la de Cuchulain y Ferdíad, que se besaban al acabar la pelea de cada día, ni con un amor menos romántico y lírico que el de Baile y Aillinn, que murieron al saber cada uno de la muerte del otro, y se desposaron en Tír na nÓg. Su arte, también, suele alcanzar su cumbre cuando es más extravagante, porque él sólo siente estar entre cosas sólidas, entre cosas con leyes fijas y propósitos satisfactorios, una vez que ha rehecho el mundo siguiendo el dictado de su corazón. Comprende tan bien como Blake que las ruinas del tiempo edifican mansiones en la eternidad, y no permite nunca que permanezca invariado por mucho tiempo lo que podemos ver y manejar. Los personajes han de seguir siendo los mismos, pero la fuerza de Fergus puede cambiar hasta el punto de convertirle, a él que un momento antes no era más que un hombre fuerte entre muchos, en señor de Tres Golpes que podrían destruir a un ejército

si en lugar de eso no descrestaran tres montecillos, y hacer que su espada, que un necio había podido hurtar de la vaina, tome de pronto el aspecto del arco iris. Una luna lírica errante debe amasar y encender perpetuamente ese movido mundo de mantos hechos con los vellos de Manannan; de hombres armados que se transforman en aves marinas; de diosas que se hacen cornejas; de árboles que dan fruto y flor a un tiempo. Sólo las grandes emociones del amor, el terror y la amistad deben permanecer imperturbadas en ese mundo, que todavía es el mundo de los campesinos irlandeses, que no se asombran demasiado ante la mudanza más milagrosa, ante el encantamiento más súbito. Los sucesos, las cosas y las gentes de ese mundo son salvajes, y son como caballos sin domar, tanto más hermosos que los que han aprendido a correr entre varas. Pensamos en la vida real leyendo esas historias escandinavas, que ya estaban en decadencia, tan necesarias eran las proporciones de la vida real para sus esfuerzos, cuando un moribundo recordaba su heroísmo lo bastante para bajar los ojos a su herida y decir: «Se están poniendo de moda estas lanzas anchas»; pero con las historias irlandesas comprendemos por qué los griegos llaman mitos a las actividades de los demonios. Las grandes virtudes, las grandes alegrías, las grandes privaciones vienen en los mitos y, por así decirlo, toman a la humanidad en sus brazos desnudos, y sin despojarse de su divinidad. Los poetas han tomado sus temas más a menudo de historias que son del todo o a medias mitológicas que de la historia real, o de historias que den la sensación de ser verídicas, por entender, en mi opinión, que la imaginación que recuerda las proporciones de la vida no es sino un largo noviazgo, y que tiene que olvidarlas para pasar a ser la antorcha y el tálamo.

5

Encontramos, como era de esperar, en la obra de hombres que no se dejaban inquietar por otras verosimilitudes o exigencias que las de la propia emoción, una variedad inmensa de incidentes y caracteres, y de maneras de expresar la emoción. Cuchulain combate con un hombre tras otro durante la gesta del Toro Colorado, y ninguno de

esos combates es como otro, y a ninguno le falta emoción ni rareza; y cuando ya pensábamos que la imaginación no podía ir más allá, la historia de los Dos Toros, emblemática de toda pugna, eleva de pronto el romance a profecía. También los personajes tienen una diversidad que no encontramos entre las gentes del *Mabinogion*, quizá ni siquiera entre las de la *Morte d'Arthur*. Sabemos que tardaremos en olvidar a Cuchulain, que vive una vida vehemente y llena de placer, como si en todo momento recordara que pronto habrá terminado; y al soñador Fergus, que traiciona a los hijos de Usnach por un banquete, sin dejar de ser noble; y a Conall, que es fiero, cariñoso y leal, pero no tiene la savia de divinidad que hace a Cuchulain misterioso para los hombres y amado de las mujeres. Y son las mujeres, en efecto, con sus lamentaciones por amantes y maridos e hijos, y por techos caídos y riqueza perdida, las que dan a las historias sus frases más bellas; y, después de Cuchulain, son ciertas grandes reinas lo que más estimamos: la airada y enamoradiza Maeve, con su rostro largo y pálido; Findabair, su hija, que muere de vergüenza y de lástima; Deirdre, que si no fuera por su sabiduría profética podría ser una dulce ama de casa de nuestros días. Si no colocamos las lamentaciones de Deirdre entre los más grandes poemas líricos del mundo, creo que podremos estar seguros de que en vano se ha pisado para nosotros el lagar de los poetas; y sin embargo yo pienso que puede ser la orgullosa Emer, la digna esposa de Cuchulain, la que más tiempo perdure en el recuerdo. ¡Qué pura llama arde siempre en ella, ya sea la esposa recién casada que lucha por la precedencia, fiera como un ave hermosa, o el ama de casa confiada, que despierta al marido de su sueño mágico con palabras burlonas; o la gran reina que querría sacarle del nudo corredizo de su perdición enviándole al Valle de los Muertos con Niamh, su querida, porque a ella será más obediente; o la mujer a la que el dolor ha enviado junto a Helena e Isolda y Brunnhilda, y Deirdre, a compartir su inmortalidad en el rosario de los poetas!

«¡Oh amor mío!, a menudo estuvimos en compañía uno del otro, y estábamos felices; pues buscando en todo el mundo, desde donde sale el sol hasta el ocaso, jamás se habría encontrado cosa igual en un mismo lugar, como el Sainglain Negro y el Tordo de Macha, y Laeg el conductor, y yo y Cuchulain.»»

«Y después de eso Emer le pidió a Conall que hiciera una tumba ancha y muy honda para Cuchulain; y se tendió al lado de su gentil compañero, y puso su boca junto a la de él, y dijo: “Amor de mi vida, mi amigo, mi amador, mi único elegido entre todos los hombres de la tierra, muchas son las mujeres, casadas y sin casar, que me han envidiado hasta hoy; y ahora no seguiré viviendo sin ti.”»

6

Debemos los irlandeses llevar esos personajes muy dentro del corazón, porque vivían en los lugares por donde nosotros cabalgamos y vamos al mercado, y a veces se encontraron en los montes que arrojan su sombra sobre nuestras puertas al atardecer. Con sólo que contemos estas historias a nuestros hijos, la Tierra empezará de nuevo a ser una Tierra Santa, como era antes de que los hombres dieran sus corazones a Grecia y Roma y Judea. Cuando yo era niño no tenía más que subir al monte que había detrás de la casa para ver una serranía larga, azul y quebrada a lo largo del horizonte, hacia el sur. ¡Qué belleza me perdí, qué hondura de emoción me falta quizá todavía, porque nadie me dijo, ni siquiera los capitanes mercantes que lo sabían todo, que al otro lado de aquella serranía larga, azul y quebrada estaba Cruachan de los Encantamientos!

W. B. YEATS

Marzo de 1902

IR A LA FICHA DEL LIBRO

**Queda prohibida, bajo sanción prevista por la ley,
cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y
transformación de esta obra sin permiso previo por escrito
de los titulares del copyright.**